



BIBLIOTECA

PQ 8219

F3

L9



UNIVERSIDAD DE ACONCAGUA

1908

Carta-prólogo

Quito, Junio 5 de 1908.

Sr. D. Francisco J. Falquez Ampuero.

Ciudad.

Mi estimado señor y amigo:

Juntamente con el libro inédito de Ud., aún en borradores, intitulado «Lujo de Pobre», recibí las atentas líneas de Ud., en que se sirve pedirme una Carta-Prólogo, para el dicho libro.

Hace algún tiempo que colgué mi péñola literaria,—justamente desde que me enfrasqué en la prosa administrativa, la cual anda reñida con la bella literatura, acaso por razones de incompatibilidad ó incongruencia. Con ocasión de esta Carta-

Prólogo, descuelgo ahora la tal péñola; pero, está tomada de orín, el cual, Ud. lo sabe, no es ni oro en diminutivo, sino herrumbre. No sé si la tinta de anilina, que tengo en mi escribanía, desgaste con sus ácidos corrosivos el orín de mi péñola, ó se coma uno y otra. Dénme tiempo la pluma y la tinta, y no riñan de incompatibilidad, y acábase y salga como Dios quiera, esta Carta-Prólogo, aunque trasciendan de ella el orín y la anilina azul de la pluma y de la tinta.

Bien sabe Ud. lo que decía Cervantes de los prólogos:—algo semejante á lo que escribió don Diego Hurtado de Mendoza, acerca de la opinión de las multitudes. Tengo para mí, que los prólogos y las opiniones, no hacen mejores ni peores las obras que éstos apadrinan ó comentan; y en cuanto á la crítica literaria, . . . mejor es no menearlo. Sólo que lo del prólogo es lujo del cual puede prescindir el autor: no así de las opiniones, que, velis nolis, se nos vien n encima de la plurilingüe boca de ese gran señor anónimo, el público, de quien dijo Larra tantas verdades y tan lindas cosas.

Una Carta-Prólogo tiene más be-moles y sostenidos que un prólogo mondo y lirondo. Lo curioso es que

Ud., que ha hecho del género carta y de sus especies, motivo de donosa y aguda crítica, me pida á mí una Carta-Prólogo, especie acerca de la cual se pueden escribir muchas cuartillas de regocijada risa, picante é inofensiva.

«Lujo de Pobre»:—tal es el nombre de pila del corrongo librito inédito de Ud., el cual nene,—á quien Ud. mismo, y con autoridad de padre, ha bautizado, con el agua del Jordán y la sal de la prudencia,—trae, en su propio nombre, la mejor carta de recomendación;—la modestia,—esto es, la legítima y verdadera, no la con uñas,—tema familiar de la risa sarcástica de Llona.

«Lujo de Pobre» suele ser el de quien, desheredado de la fortuna, pero rico de inteligencia y dueño del sentimiento y de la palabra mágica del arte, pinta, esculpe ó canta la belleza, en clara y bruñida prosa ó en rotundo y numeroso verso. Bien puede darse Ud. ese lujo de pobre, mi buen amigo:—Ud., laborioso joven; Ud., que trajo á la vida estos dones preciosos de la naturaleza,—Luz y Estro en el entendimiento y en el corazón.

Bien está que Ud., que conoce y mide sus fuerzas, las enseje en ese difícil, pero bello y fecundo género: el artículo literario, ya sea

crítico, filosófico, narrativo, descriptivo ó dramático:—gloria de Addison, de Macaulay, de Baudelaire, de Gautier, de Boccaccio, de Monti, de d'Amicis, de don Francisco de Quevedo, de don Alberto Lista, de don Mariano José de Larra, de don Juan Valera, de don Juan Montalvo, y de tantos otros geniales y doctos escritores antiguos y modernos, que Ud. sabe.

De cómo se ha desempeñado Ud. en la ardua tarea de este ensayo de lujo de pobre, que Ud. mismo se ha impuesto, ya debe de saberlo Ud., de su propio íntimo criterio, ó ya lo sabrá Ud., de boca del público discreto, público aparte que juzga con imparcialidad y acierto, y habla poco y bien.

¿Mi opinión? . . . es una opinión; pero, si Ud. la quiere, allá vá, sin ambages ni rodeos:—que, tiene Ud. la materia prima, talento y aptitudes para el oficio, y que con buena lectura, estudio de los maestros del arte en la substancia y en el estilo, labor, perseverancia, y calma y serenidad, puede Ud. llegar á escribir artículos mejores, más bellos y cabales, que María Duplessis y Pleno Cielo,—Alpha y Omega de «Luzo de Pobre».

Ya sabe Ud. que el Cielo, el Azur de Victor Hugo, es el infinito abier-

to á los cuatro vientos del Espíritu: y que María Duplessis, es en su género, la creación más bella, más viva, más real, más simpática, más espiritual, más virtuosa, de la mente excelsa del poeta. Es la garza blanca simbólica, que cae en el pantano y no se enloda; surge de él, nítida y pulcra, y bate su plumón immaculado y sube y se remonta á los cielos, á transformarse en una de esas nubecillas nacaradas color de rosa y de forma de querubín, que adoran desde el firmamento la muerte gloriosa del Sol: La Dama de las Camelias, pasó, de la novela del autor glorioso, de «L'Affaire Clemanceau» á la ópera, al drama, á la historia, al corazón y á la memoria de las muchedumbres, y pasará á la tradición con el ropaje encantador de la leyenda:—Y está en el cielo. Es el don Juan hembra, redimido por el amor. La pluma de la cual salga un rayo de luz nueva, para el nimbo que corona la cabeza de esa fémica inmortal, diosa de la literatura francesa, es pluma de oro y diamante, digna de estar en el remo del águila del pensamiento, que boga en el Azur.

He allí un modelo, para el talento y las aptitudes de Ud.: manos á la obra: en materia literaria no hay imposibles para quien puede y quiere: la novedad bella es el quid. Lo

VIII

malo es que, aquí, no se saca de éllo ni el capital. ¿Tiene Ud. vocación? . . . pues, lárguese de aquí, y caiga Ud., allá, en París ó en Madrid, donde el verbo se ha hecho hombre en las bienaventuradas personas de Rubén Darío, José Santos Chocano y Enrique Gómez Carrillo.

No le desea á Ud. menos éxito de pesetas y gloria, su atento amigo y servidor, que tan sinceramente le estima,

César Borja



MARIA DUPLESSIS

LA Dama de las Camelias, tipo idealizado por la brillante imaginación de Alejandro Dumas hijo, se llamaba la señorita María Duplessis.

MARÍA, si hay necesidad de insistir en ello, era una cortesana, una de aquellas criaturas, que parecen destinadas por una providencia inclemente á llevar consigo la turbación y el vértigo, á causar en el mundo grandes desórdenes de pasión.